

EL CAMBIO SOCIAL Y LOS ESTILOS DE GOBERNAR

Después de cada desastrosa gestión gubernamental, y al pasar la administración del Estado a nuevas manos, es inevitable abrigar algunas esperanzas de cambio, pese a haber sufrido ya graves desengaños. Los bolivianos hemos caído una vez más en la misma trampa, pues poco ha cambiado la escena política, económica y social desde agosto, cuando el general Hugo Banzer se instaló en el Palacio Quemado prometiendo grandes transformaciones. Hasta hoy, el único cambio visible ha sido el trasiego del poder local a otras personas que nos gobiernan con los mismos moldes impuestos y con la misma mentalidad importada, tal como ya lo hicieron en un anterior período.

La administración del país sigue sujeta a los mecanismos de siempre y a una mentalidad análoga a la de los anteriores gobernantes, lo cual limita nuestras posibilidades de soberanía y de progreso. El rígido economicismo sigue primando sobre otros valores humanos y, más que las técnicas y procedimientos, ha cambiado el estilo de gobernar.

¿Cómo explicar nuestros inútiles achaques de esperanza, si tantas desilusiones hemos sufrido ya a lo largo de la historia? Quizá nunca podamos trascender el viejo fetichismo que nos hace idolatrar caudillos de barro que prometen arreglar los desbarajustes que sus predecesores provocan. No hemos llegado a comprender que nuestros líderes políticos sólo se diferencian de los mortales comunes en que tienen investidura, lo cual no significaría gran cosa si no llevara implícito el poder. Pero la investidura y el poder no son suficientes para poner remedio a la mediocridad, y alientan más bien la corrupción, que son los signos mayores de los políticos profesionales. Los mediocres abundan, por aquí y por allá, y tolerarlos es parte de la convivencia civilizada; pero si, en virtud de la maravillosa democracia, asumen la conducción de la sociedad, son peores que la peste.

El mayor daño que los mandatarios mediocres pueden hacer es imponer desde su alto sitial su sello personal y su corrupción a toda la vida nacional, y lo hacen aún sin quererlo, porque acumulan un poder tan secante que absorbe hasta las más insignificantes actividades cotidianas de la ciudadanía. El estilo de gobernar es parte de la personalidad del mandamás, y depende de su estilo de vida en general, pues los hombres que acceden a la cúpula del poder actúan movidos por los mismos mecanismos psicológicos que en su vida personal les hacen elegir cierto tipo de ropas, deportes, hobbies, amistades, modales, gestos y opiniones.

Pero es frecuente que su estilo de vida entre en crisis, porque no siempre hay correlación entre las formas exteriores de comportamiento y los valores que un cargo jerárquico conlleva. No todas las manifestaciones de la personalidad armonizan con un status eventual, de modo que los gobernantes deben acomodar su temperamento a las circunstancias que les toca vivir, y a veces lo hacen tan chabacantemente que llegan al papelón, y todo el país queda en ridículo. Es que un Primer Mandatario no puede hacer lo que hace Perico de los Palotes, por lo menos no en público; pero si su estilo de vida

entra en conflicto con los valores inherentes a su investidura no sólo puede llegar a situaciones ridículas o cómicas, sino también peligrosas, pasando por las simples metidas de pata hasta llegar a la más grave corrupción.

Un simple vistazo a nuestra historia nacional basta para percatarnos de los más pintorescos y grotescos estilos de gobernar. Melgarejo, inculto y prepotente, era sin embargo capaz de inopinados arranques de nobleza. Paz Estenssoro, acartonado megalómano, prometió mesiánicamente sacarnos de la pobreza, y nos llevó a la miseria. Barrientos, populachero y ramplón, hizo de su gobierno una barata forma de folklore. Siles Salinas, culto y educado, confundió el arte de gobernar con la etiqueta social. García Meza, formado y deformado en moldes castrenses, llegó al crimen porque confundió autoridad con autoritarismo. Paz Zamora, educado en Lovaina, entregó el país a sus "old school ties" o tecnócratas "lovaineros". Sánchez de Lozada, hombre de negocios, creyó que gobernar un país es igual que "business administration". Banzer Suarez, serio y circunspecto como corresponde a un general, ha creado hoy una atmósfera de solemnidad que contrasta nítidamente con el aire festivo y casi cómico que Sánchez de Lozada insufló al Ejecutivo con sus chistes de café.

Tales son las diferencias entre nuestros gobernantes. Cada cual actúa movido por sus propias idealizaciones, frustraciones y represiones que yacen en el subconsciente; pero, sean de izquierda, de derecha o de cualquier parte, todos tienen similares concepciones de la política y usan análogas técnicas para conquistar y mantener el poder. Ninguno se atreve a sacar los pies del plato por no enemistarse con los amos. Todos hablan de libertad, soberanía y dignidad; pero acatan religiosamente los dogmas y recetas económicas de los centros del poder mundial. Entonces, aunque cambien los gobiernos, en el escenario político está siempre la misma comedia, protagonizada por actores diferentes, unos peores que otros.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas*, Periodista

Responsable de edición: [María Lohman](#)